



1. El Crope

Kenko, con tan solo ocho años, poseía una energía y vitalidad fuera de lo normal. ¡Era imposible verla quieta! Todo lo que fuera centrarse o estar pendiente de algo o de alguien no iba con ella. Sorprendía lo rápido que se cansaba de sus juguetes y lo poco que los cuidaba. Su hermano mayor, Sagli, le llamaba “*Terminator*” por cómo rompía todo aquello que caía en sus manos. Era una niña feliz y despreocupada, y tenía una gran debilidad: su pasión por los animales.

Sus padres alguna vez habían pensado en regalarle una mascota para intentar que aprendiera a ser responsable, pero enseguida abandonaban la idea ya que no confiaban en que Kenko pudiera cuidar adecuadamente de ningún animal. Y ese carácter tan despreocupado e indiferente de Kenko realmente les preocupaba mucho.

- Sí, es verdad, aún es muy pequeña, pero es que no se hace responsable ni de sus cosas, ni de los deberes, ni de nada –comentaba su madre.
- Cierto –admitía su padre–, hasta en el colegio nos han informado sobre su falta de interés.
- Es ahora cuando debería aprender y formar su carácter, luego será demasiado tarde –afirmó su madre.

Un fresco día de primavera, el padre de Kenko descubrió por casualidad una vieja juguetería en el centro de la ciudad. La verdad es que parecía muy destartalada y polvorienta, pero tenía el escaparate lleno de móviles de papel con formas de animales y eso le llamó mucho la atención.

Las figuras colgaban divertidas por todas partes sin ningún tipo de orden y esa imagen alegre, desordenada y caótica le recordó tanto a su hija Kenko que, sonriendo para sí, decidió entrar.

Cuando dejó atrás la puerta de entrada de la tienda su percepción cambió. Había mucho polvo por todas partes, pero desde cada rincón emergían halos de luz que lo envolvían todo de forma misteriosa. Sorprendentemente, en la estancia olía a fresco y limpio. Intrigado, siguió avanzando lentamente por el pasillo y, de repente, desde el fondo del amplio espacio, emergió una voz sonora, algo gritona.

–Buenas tardes caballero, ¿en qué puedo ayudarle? –dijo una anciana muy pizpireta que le observaba tras unas grandes gafas de miope.

–La verdad es que solo estaba mirando –dijo tímidamente el padre de Kenko.

–Bueno, por mirar de momento no cobro, pero igual con tanta crisis y con tanto curioso me lo pienso.

Y se dio media vuelta mientras sonreía.

El padre de Kenko se sintió un poco intimidado por aquella buena mujer que tenía algo extraño en su mirada, pero su intriga era tan grande que decidió seguir avanzando para ver el resto de esa curiosa tienda.

A medida que iba adentrándose se dio cuenta de que todo estaba lleno de curiosos objetos que parecían juguetes, y que multitud de animales, de todas las formas y colores, decoraban la sala. Mientras observaba, no dejaba de imaginar cómo brillarían de emoción los grandes ojos marrones de su hija en aquel lugar.



Seguía escudriñando cada rincón cuando de pronto su mirada se posó en un objeto muy peculiar que se encontraba en lo alto de una estantería. Era una esfera de unos quince centímetros de diámetro, rodeada en su centro por un aro metálico que descansaba sobre dos soportes, también de metal. Al fijarse pudo apreciar que dentro había movimiento, pero no conseguía verlo bien. Con gran curiosidad, el padre de Kenko se puso de puntillas y estiró su brazo para alcanzar la esfera, pero estaba demasiado alta. Así que, sin darse por vencido, decidió pedir ayuda.

–¡Señora! –dijo casi gritando y sobresaltado por la emoción del descubrimiento.

–Diga –añadió la anciana que como por arte de magia apareció a un paso de él.

–¡Uy, qué susto! –se sobresaltó el padre de Kenko al ver cómo aquella misteriosa mujer había salido como de la nada justo detrás de él–.

Mire, me gusta esa bola de cristal, ¿podría bajarla para poder verla mejor, por favor?

–¿Bola de cristal? No es una bola de cristal. ¡Es un Croke! –dijo ofendida.

–¿Un Croke? ¿qué es eso?

La anciana se acercó decidida hasta el padre de Kenko y mirándole fijamente con sus arrugados ojos azules le espetó:

–¿Pero de dónde ha salido usted?



La mujer parecía realmente molesta con la ignorancia de su interlocutor y cuando el padre de Kenko vio cómo se alejaba enfadada, pensó que no volvería. Sin embargo, la anciana cogió una escalera de madera que tenía en un rincón, la colocó frente a la estantería y subió ágilmente sus peldaños para alcanzar el misterioso objeto ubicado en lo alto. Según descendía con él, el padre de Kenko pudo apreciar en detalle lo que tanto le había intrigado. Dentro de la esfera había multitud de animales diminutos organizados según sus hábitats. Maravillado, el hombre pudo ver unas jirafas en la sabana, unas divertidas ardillas en un bosque, unos pingüinos en el Polo Sur, ballenas saltando en el océano y tucanes volando por la selva. Aquello era realmente increíble, espectacular, maravilloso. Y lo más inquietante es que parecían animales de verdad.

–Pe... pero... ¿parecen reales? –dijo sorprendido el padre de Kenko.

–¡Ja, ja, ja! –las estruendosas carcajadas de la anciana resonaron por toda la estancia–. ¡Qué cosas dice! ¿Cómo van a ser reales?

¿Acaso tengo pinta de maga? No sea fantasioso, que ya no tiene edad. Parece mentira que con lo joven que es usted no esté al tanto de las nuevas tecnologías. Son solo hologramas, imágenes en alta resolución, como las que vemos del Ronaldo ese por la tele.

¡Cachis! Si hasta parece que se le puede tocar y todo, ja, ja, ja.

El padre de Kenko, frunciendo el ceño y cansado ya de tanta risita a su costa, preguntó a la anciana:

–Bueno, ¿me va a explicar ya qué es un Croke, por favor?



–Sí señor, sí. No sea impaciente. Un Croke es un objeto muy especial diseñado para practicar la atención y la responsabilidad. Nos ayuda a ser conscientes de que hay seres que dependen de nosotros y que nuestros actos tienen consecuencias.

–¿Y cómo funciona?

–¡Es muy fácil! Se deja sobre una mesa o escritorio. La esfera está programada con el mismo ciclo de la Tierra pero no se mueve igual, por eso al pasar veinticuatro horas se descompensa. En ese momento, la persona que sea el guardián del Croke debe volver a compensar la esfera moviéndola con sus manos, hasta que los ejes de la misma vuelvan a estar horizontales. Pero esto debe hacerse siempre cada día a las ocho de la tarde, ni un minuto antes, ni un minuto después, sino las consecuencias pueden ser fatales.

–¿Por qué? ¿Qué pasa si no se hace?

–¡Algo terrible! Si la esfera se descompensa y pierde su ritmo, algunos de los animales que hay en ella quedarían en un plano diferente y su holograma desaparecería. Pero eso no es lo peor, sino que ese holograma pasaría a ser real y aparecería en nuestro mundo para reunirse junto a otros animales de su misma especie.

–¿Me toma el pelo?

–¿Le parece a usted que tengo pinta de bromear? –dijo enfadada la anciana.

–Los hologramas con vida propia son cosa de películas –añadió el hombre–. Y suponiendo que eso fuera verdad, que no lo creo, ¿qué pasaría si eso sucediera?



–¡Una catástrofe! Existen unas criaturas que viven de los hologramas, y si estos saliesen de la esfera, saldrían de su mundo para ir a por ellos y raptarlos. Pero no solo a los hologramas, también raptarían a los animales reales de esa misma especie. Algunas especies desaparecerían. ¡El mundo perdería su equilibrio!

Llegados a este punto el padre de Kenko estaba seguro de que, o bien le estaba tomando el pelo y quería sacar un buen dinero por aquel artilugio, o bien la señora en cuestión estaba como una regadera. Pero siguió preguntando, la historia prometía.

–Y dígame usted, ¿quiénes son tan malévolas criaturas?

–¿Quiénes van a ser? ¡Pues los Viras! Siempre están buscando debilitar a los pobres hologramas.

El padre de Kenko no creía una palabra de lo que la anciana decía, estaba claro que era una gran embaucadora. No dudaba de que el fin del Croke fuera promover la atención y hasta era posible que fuera necesario compensar la esfera, sin embargo, lo de la fuga de los hologramas y todo aquello sobre malévolas criaturas, estaba claro que era un premeditado cuento chino para sacar más dinero. Pero aquel artilugio le había encantado y estaba seguro de que sería un regalo muy educativo para Kenko.

–Me interesa mucho este Croke, ¿cuánto cuesta?

–Lo siento, no está en venta.

–No lo entiendo, ¿para qué lo tiene expuesto si no piensa venderlo?

–La tienda es mía y vendo lo que quiero –sentenció la anciana algo enfurruñada–. Además, ¿para qué lo quiere?

–Para mi hija.

–Esto no es un juguete.

–Y ¿qué es?

–Señor, parece que escucha pero no lo hace. Un Croke nos ayuda, nos enseña. Solo las personas que lo necesitan verdaderamente pueden merecerlo.

–Pues yo le aseguro que mi hija lo necesita –replicó el padre de Kenko–. Estamos muy preocupados por la actitud de Kenko. Es una niña alegre y divertida, pero vive demasiado ajena a lo que le rodea. Debe aprender a ocuparse de los demás y también de sí misma, y creo que este objeto puede ayudarle a ser más responsable. Además, Kenko adora los animales. Estoy segura de que cuidar de sus hologramas, para ella será una misión fascinante.

Aquellas palabras y la sinceridad y amor que había en los ojos de aquel hombre conmovieron a la anciana. Así que tomando aire profundamente y con un lento movimiento extendió la mano y le ofreció el Croke.

–Está bien, veo que su hija lo necesita realmente. Se lo presto. Pero sepa que educar con un Croke tiene sus riesgos.

–¿Qué riesgos?

–¡Ni idea! Ja, ja, ja, ¡no tengo hijos! Tome, tome, cójalo antes de que me arrepienta. Le tengo mucho cariño.



El hombre salió de la tienda tan desconcertado como había entrado, pero se fue contento con aquel objeto extraño y desconocido.

Sagli, el hermano mayor de Kenko, tenía quince años y era un chico muy responsable. Sentía auténtica debilidad por su hermana y un gran instinto de protección hacia ella.

Aquella tarde, Sagli estaba en su cuarto tratando de estudiar. Era una tarea difícil pues Kenko había decidido desmontar uno de sus juguetes y llevaba un buen rato dando porrazos tratando de desencajar sus piezas. Ya se estaba imaginando la bronca que le iba a caer a su hermana cuando su padre llegara y viera el desastre de cuarto que había dejado.

Sagli escuchó que su padre abría la puerta de casa y subía las escaleras, así que abrió la puerta de su habitación dejándola entornada para salir en defensa de Kenko si la cosa se ponía fea. Estuvo atento durante un buen rato sin escuchar nada. Y de pronto, la voz alegre de su hermana le extrañó. Estaba demasiado contenta como para haber tenido que soportar cualquier regañina.

De repente, un golpazo en su puerta le sobresaltó. Kenko apareció como un torbellino dando saltos, sujetando en su mano lo que parecía un objeto de cristal no apto para tanto movimiento. En cuanto su hermana cesó de demostrar su alegría por el regalo que portaba, su padre apareció para explicar qué era aquel extraordinario juguete con el que pensaba lograr que Kenko fuera una chica responsable de forma definitiva.

Sagli escuchó a su padre contar el relato del Croke y cómo le repetía una y otra vez a Kenko la importancia de girar la esfera cada día. Con gran escepticismo felicitó a ambos por el hallazgo invitándoles amablemente a salir de su habitación para dejarle seguir estudiando.



Kenko no salía de su asombro mientras observaba el Croke en su mano. Era una maravilla. Lo dejó suavemente sobre la mesita de noche mientras sonreía fascinada observando aquellos diminutos animales. Le costaba creer que no fueran reales. Su enorme fantasía le decía que sí, que eran animales de verdad y que su misión en la vida era cuidarlos. Y así, durante toda la tarde del sábado y casi todo el domingo, se centró en ellos. Eran muchos pero ya había conseguido distinguir a un par de jirafas y ponerles nombre; también le había puesto nombre a un tucán, pero con lo que estaba realmente ensimismada era con los pingüinos. Le encantaba ver cómo se movían y lo tiernos que resultaban. Aún no les había puesto nombre porque le costaba mucho distinguirlos, pero sin duda eran sus favoritos.

Llegada la hora indicada, las ocho de la tarde, Kenko hizo un giro leve en la esfera hasta juntar los ejes, tal y como le había indicado su padre, y el Croke continuó con su armonía habitual.

La niña pasó una semana increíble. Le había contado a todo el colegio que tenía un nuevo juguete y que era realmente especial. Cada día regresaba a casa entusiasmada y deseosa de volver a mirar la esfera. Kenko estaba tan motivada con su nueva responsabilidad que también cumplía con el resto de sus obligaciones. Si era capaz de cuidar a todos esos animales, el hecho de ordenar su cuarto y hacer los deberes estaba chupado. Los padres de Kenko no salían de su asombro y regocijo al ver cómo aquel pequeño objeto había cambiado sus vidas.

Pero pasadas varias semanas, el interés de Kenko hacia el Croke empezó a decaer. Los animales eran increíbles pero siempre hacían lo mismo, así que una tarde de sábado, cuando sus padres les dejaron solos para ir al cine, pasó lo inevitable: Kenko olvidó girar el Croke.

–Sagli, ¿qué hora es? –preguntó Kenko mientras veía junto a su hermano una serie de humor en la tele.

–Las ocho pasadas.

Kenko lanzó un pequeño alarido y en seguida se levantó y comenzó a subir las escaleras de dos en dos hacia su cuarto. Entró en su habitación de prisa para intentar solucionar su olvido, pero en seguida se dio cuenta de que ya era demasiado tarde. Del Crope salía un tubo de luz tan intenso que la niña tuvo que taparse los ojos. Sagli, que había seguido a su hermana, intentó protegerla rodeándola con sus brazos. En ese momento, unos pingüinos empezaron a salir del Crope a través del tubo de luz; desfilaban uno tras otro, como si de una proyección cinematográfica se tratara.



Sagli dio un respingo y consiguió mover el Crope hasta dejarlo en su posición. El haz de luz desapareció sobre sí mismo volviendo al Crope. Rápidamente los dos hermanos se apresuraron a revisar el estado de la esfera, comprobando con espanto que los pingüinos ya no estaban. Ambos se miraron atónitos sin saber qué decir.



–¿No te habrás creído el rollo ese de papá de los hologramas y todo eso, verdad? –dijo Sagli.

–¡Tú lo has visto! –dijo Kenko alterada–, ¡has visto cómo se iban los pingüinos!

–¿Y qué? Eso no significa que se vayan de excursión al Polo Sur y que unas criaturas los persigan y acaben con la especie. Recuerda que papá tampoco le dio mucha importancia a las palabras de aquella anciana, más bien dijo que le parecía una broma. Lo único que ha pasado es que te has quedado sin pingüinos y como sigas así de descuidada lo único que vas a conseguir es quedarte sin ningún animal. Anda, vamos a seguir con la serie que nos habremos perdido lo mejor.

Ambos bajaron las escaleras hasta el salón, Sagli totalmente despreocupado y Kenko entristecida por el acontecimiento.

Eran casi las nueve cuando Sagli quiso poner un momento las noticias para ver los deportes y saber el resultado de un partido de fútbol. Al conectar el informativo, una imagen del Polo Sur apareció en primer plano como noticia de última hora.

–Una repentina y extraña luz opaca cubre en estos momentos el cielo del Polo Sur. Los científicos están intentando averiguar qué está sucediendo ya que al parecer se descarta que este extraño acontecimiento esté causado por algún fenómeno meteorológico –comentó la corresponsal.

–¡Ahora qué! –gritó Kenko–. ¿La hemos liado o no la hemos liado?

- La habrás liado tú en todo caso. Pero seguro que es casualidad.
- ¿Y si no lo es? ¿Y si hemos acabado con todos los pingüinos del mundo? ¿Y si la anciana es una hechicera y nos hemos quedado atrapados en un hechizo?
- Anda, déjame pensar que me estás poniendo nervioso.

Sagli le daba vueltas a la cabeza y no dejaba de repetirse a sí mismo que era imposible, pero no podía negar lo que sus ojos habían visto en aquella habitación y lo que ahora salía por la televisión.

El mejor amigo de Sagli era Tove, un forofo de la informática. Sus padres siempre estaban muy ocupados y viajaban mucho por trabajo. Por ese motivo casi siempre estaba con cuidadoras a las que hacía poco caso. Sagli no dudó en llamarle. Si alguien podía creer esa estúpida historia, ese era Tove. A la media hora, el muchacho apareció en casa de los dos hermanos con su portátil en mano, dispuesto a ayudar en lo que fuera.

- ¡Tíooo, qué pasada!, ¡estoy flipando! -dijo Tove asomando las narices por la puerta-. Me lo has contado y pensaba que me estabas tomando el pelo, pero ¡sale en todas las noticias!
- Bueno sí... no es para estar orgulloso. ¿Se te ocurre qué podemos hacer? La anciana dijo que se debía acudir con el Crope al lugar donde estuvieran los hologramas para que pudieran regresar a él.
- ¡Pues no se hable más! Llevo años ahorrando para una buena causa y qué mejor que esta, je, je, je. ¿A dónde vamos?



–¡Madre mía y yo qué sé! –dijo Sagli suspirando sin saber qué hacer–.
Kenko, ¿sabes qué tipo de pingüinos eran? Igual así podemos saber
dónde viven.
–Sí, eran pingüinos emperadores, esos grandotes, creo...

Los tres comprobaron rápidamente en Internet que dichos pingüinos solo se encuentran en la Antártida. Ahora debían pensar cómo viajar hasta allí. Estaban de suerte, pues esa misma semana se iban a esquiar a Andorra con el colegio y tendrían que tomar un vuelo hasta Toulouse, de forma que aprovecharían ese momento para coger otro avión que les pudiera llevar cerca de los pingüinos.

Así que sin pensarlo dos veces, y haciendo uso de los ahorros de Tove, sacaron tres billetes para el aeropuerto de Río Grande en Tierra del Fuego, Argentina. Allí les esperaba una avioneta privada para trasladarles a la Antártida.

Cogieron la ropa de esquiar y camuflaron lo imprescindible para su viaje en busca de los hologramas fugados. Una vez en el aeropuerto consiguieron embarcar en otro vuelo distinto al de sus compañeros de colegio para, después de varias escalas, llegar al aeropuerto de Río Grande. Allí localizaron la avioneta y a su peculiar conductor, un chino con acento argentino, que les pidió el importe del viaje por adelantado sin pedir explicaciones sobre si eran demasiado jóvenes para irse solos a la Antártida. Y justo cuando todo parecía ir bien surgió el primer problema.

–Oye tú, chavo, ¿qué coordenadas tiene el lugar donde queréis ir?

Los tres niños se miraron con los ojos como platos. No tenían ni idea.

–¿Es muy grande la Antártida? –se atrevió a preguntar Kenko.





Unas risotadas estruendosas salieron de la garganta de aquel sujeto.

La niña, un poco contrariada por aquellas carcajadas y en busca de consuelo, sacó el Crope de su mochila. Algo había cambiado en él. La zona de hielo –donde antes estaban los pingüinos–, había dejado de tener la niebla gris y se podía ver con claridad el paisaje. Pero ya no estaba en la parte inferior de la esfera, ahora estaba arriba y a la izquierda. Sagli, que también se había dado cuenta de la transformación, tuvo una idea: quizás aquello era una especie de brújula que les indicaría el lugar.

Sin fiarse en absoluto de las explicaciones de los niños, y confiando en regresar pronto a base en cuanto aquellos ilusos se dieran cuenta de lo tonto de su plan, el piloto cogió el rumbo de la posición que la Antártida tenía en el Crope. Pero estaba totalmente equivocado. Aquel artilugio les dirigió directos a la colonia de pingüinos emperadores.

Sin perder un minuto la avioneta aterrizó en un lugar donde no se avistaba ningún pingüino, para no causar revuelo entre los animales. El piloto se comprometió a esperarles dos horas, ni un minuto más. Decisión que no tuvo más remedio que aceptar ya que los niños tuvieron la cautela de solo pagarle la mitad del pasaje.

Los intrépidos viajeros rápidamente se colocaron unos crampones para poder caminar por el hielo, tal y como habían visto en un vídeo de YouTube.

Cuando llegaron cerca de la población de pingüinos se quedaron totalmente horrorizados. Era la época en la cual las hembras acababan de poner los huevos. Después, debían dárselos a los machos e irse durante tres meses a altar mar para reponer fuerzas tras la gestación. Pero la situación no era tal.

Había huevos, sí, pero un grupo de pingüinos voladores se los estaban lanzando unos a otros como si estuvieran jugando al rugby, mientras las madres y padres

corrían torpemente de un lado para otro tratando de protegerlos. Estaba claro, aquellos pingüinos voladores no eran reales, eran los hologramas.

Sagli corrió por el hielo dirigiéndose hacia ellos con toda la destreza que pudo.

–¡Alto, parad! –gritó el muchacho, mientras hacía gestos con las manos. Kenko y Tove le seguían.

–¿Quién eres tú para decirme lo que debo hacer? –dijo uno de los hologramas.

–Pero... ¿habláis? –comentó titubeante Kenko.

–Claro –dijo otro que estaba más cerca de la niña–. Todos los animales nos comunicamos. Lo raro es que vosotros lo podáis hacer en nuestro mismo idioma.

La magia del Crope hacía que ambas especies, la humana y la animal pudieran entenderse.

Tove, que seguía torpemente los pasos de su amigo, tropezó en su carrera con una roca. No se hizo mucho daño pero su bolsa de avituallamiento se desparramó. Un montón de chuches quedaron esparcidas por el hielo. Las hembras de los pingüinos, que estaban hambrientas, se lanzaron hacia aquel montón de golosinas. Los tres niños intentaron, en medio de todo aquel caos, recoger todas las chuches para evitar que los pingüinos se las comiesen y enfermasen. Sagli estaba muy enfadado con la imprudencia de su amigo.

–¿Cómo se te ocurre traer eso? –dijo el muchacho enfadado.

–Tranquilo, no pasa nada, si a mí no me hace daño seguro que a ellos tampoco, je, je –dijo, soltando una tímida carcajada.



–¡Pues claro que les hará daño! Los pingüinos comen krill y unos alimentos determinados que les aportan los nutrientes que necesitan para mantener esa capa de grasa que les recubre. Esa capa es muy importante porque les hace soportar el frío y acumular energía para resistir mucho tiempo sin comer. Y eso de que a ti no te hace daño, no es cierto. Nuestro cuerpo no recibe bien tantos azúcares y grasas saturadas. ¡Estás haciendo peligrar tu salud, Tove!

–¡Menuda charla, ni que fueras mi padre!

–Si fuera tu padre no te dejaría comer tanta porquería.

–¡Chicos! –gritó Kenko–. ¡Dejad de discutir! Los pingüinos hembra están vomitando. ¡Esto cada vez se pone peor!

–¡Rápido Kenko, saca el Crope, deprisa! –dijo Sagli, que tenía muy claro lo que debía hacer.

Al sacar la esfera de la mochila, el gran tubo de luz blanca volvió a emerger del Crope dirigiéndose hacia los hologramas. Como si de un gran aspirador se tratase, fue capturándolos de uno en uno. Los niños, tapándose los ojos con las manos para protegerse de aquel potente resplandor, entreveían entre sus dedos la escena alucinados. Cuando el Crope reunió a todos los hologramas, absorbió el haz de luz sobre sí mismo.

En ese mismo instante, y como por arte de magia, los tres niños aparecieron en la casa de Sagli y Kenko como si nada hubiera sucedido. Se miraron sorprendidos al darse cuenta de dónde estaban y respiraron aliviados. Minutos después descubrieron que no había transcurrido el tiempo, como si los hologramas de los pingüinos nunca se hubieran escapado.



Sagli, que aún sostenía la esfera entre sus manos, miró a su hermana y con la voz entrecortada le dijo:

–Kenko, quiero que le pidas a papá que devuelva el Crope cuanto antes.

